

# Tomás Rodríguez González (1881-1955)

Por MIGUEL CORDERO DEL CAMPILLO y  
FRANCISCO A. ROJO VÁZQUEZ



don Clodoaldo Velasco, que, andando el tiempo, sería magistral de la S. I. Catedral de León, y se vincularía a la Veterinaria en calidad de profesor de formación religiosa de la Facultad de León, aparte de ser tío del futuro decano de la misma, don José Luis Sotillo Ramos. Pero la vida eclesiástica no le atrajo suficientemente y, tras unos años de seminario, abandonó los trajes talares y los paseos festivos por las riberas del Tormes—en fila de dos en fondo, con otros jovenzuelos a quienes la vida eclesiástica redimía de la ignorancia y de un vegetar sin horizontes—para regresar al hogar familiar.

Don Jacinto, que se había retirado del Cuerpo de Carabineros, se estableció comercialmente en Alamedilla, donde mantuvo un comercio, del tipo arca de Noé, como tantos rurales de aquellas fechas. Aunque Tomás ayudaba a su padre en la gestión del negocio, trabó conocimiento y relación asidua con el veterinario, sin duda uno de los primeros que le encaminó hacia nuestra profesión. Los años han pasado rápidos y el joven Tomás ha de cumplir sus deberes militares. Quiere librarle su padre, pagando la cuota correspondiente, pero Tomás desea cambiar de ambiente y se incorpora con el reemplazo de 1901 al Regimiento de Infantería de Burgos número 36, que guarnece la ciudad de León. Es el día 4 de febrero de 1902. Pocos meses después se presenta a cabo, recibiendo su nombramiento (un precioso certificado, con las armas de España) el 31 de julio del mismo año, en que se le adscribe a la Primera Compañía del primer Batallón. El 16 de octubre de 1904 sería ascendido a sargento. Entre el Cuartel del Cid, antiguo convento, actualmente transformado en jardín de regusto romano, y el llamado de «la Fábrica»—en recuerdo de la que allí instalaron (calle de la Rúa) los reyes don Fernando VI y su esposa doña Bárbara de Braganza, sobre el solar que ocupó el palacio de don Enrique II de Trastámara—, discurrieron los años juveniles de Tomás. El cuartel—entonces como ahora—imponía largos

## I. LOS COMIENZOS

A don Tomás le nacieron—como diría Crémér—en Hecho (Huesca), un 7 de marzo, lo que explica su nombre de pila. El padre, don Jacinto, mandaba allí el puesto de Carabineros, aunque tanto él como su esposa, Angela, eran salmantinos, y, tan pronto como les fue posible, regresaron a sus tierras del Tormes, con destino en la frontera de Fuentes de Oñoro. El matrimonio tuvo otros dos varones y una niña.

Después de concluidos los estudios primarios, el padre decide enviar a Tomás al seminario, para seguir la vida sacerdotal. De entonces conservó nuestro personaje un regusto por la cultura clásica, reforzado por sólidos conocimientos del latín. Allí conoció también a uno de sus mejores amigos,



períodos de presencia inactiva que Tomás, nada aficionado al juego ni a la bebida, dedica a su formación. Allí prepara su ingreso en la Escuela Especial de Veterinaria de León, recortando sus horas de descanso y asueto. Tenía vocación de ingeniero y nos han quedado dibujos demostrativos de sus aptitudes para el proyecto, como también



anécdotas de su afición a la relojería, pero no podía seguir sus inclinaciones en León. Como Gordón, que deseaba ser abogado y fue veterinario, don Tomás no siguió una vocación definida, pero se sintió pronto atraído por la profesión y la sirvió con entusiasmo y honradez.

Por aquella época, para ingresar en las Escuelas de Veterinaria, «con arreglo al artículo del Reglamento de exámenes y grados de 10 de mayo de 1901», como reza uno de los documentos de su expediente, se debía cursar en el Instituto General y Técnico un grupo de asignaturas que garantizaban un nivel cultural adecuado y que, comparando con los planes actuales, equivalían, más o menos, al bachiller elemental (cuatro años, antes de la reforma Villar Palasí). El soldado T. Rodríguez se examina con éxito y obtiene las siguientes calificaciones: Lengua castellana y Gramática, notable; Geografía general y de Europa, premio (Matrícula de Honor); Nociones y ejercicios de Aritmética y Geometría, aprobado; Latín 1.º, premio; Francés 1.º, notable; Latín 2.º, notable; Geografía especial de España, premio; Álgebra y Tri-

gonometría, aprobado; Francés 2.º, notable. Había cursado estas disciplinas como alumno libre y las aprobó en la convocatoria de junio de 1902, a los pocos meses de incorporado al servicio militar (1).

Con este certificado de estudios medios se presenta a examen en la Escuela de Veterinaria, que regía don Cecilio Garrote, siendo secretario don Joaquín González García, el anatómico, padre de don Rafael González Álvarez. El tema a desarrollar versa sobre «Gramática castellana, su etimología y división.—Gramática general y particular. En cuántas partes se divide y definición de cada una de ellas.—Objeto e importancia de la Gramática». Con buena letra, inclinada hacia la derecha, el soldado T. Rodríguez concluye el ejercicio, que firma con fecha 29 de septiembre de 1902, matriculándose acto seguido, tras recibir su papeleta de aprobado.

El plan de estudios, que vale la pena reproducir, comprende los siguientes cursos, bajo la denominación de «grupos»:

Primer grupo: Física y Química.—Historia natural.—Anatomía general y descriptiva.—Exterior de los animales domésticos.

Segundo grupo: Fisiología general y especial (comprensiva de la Mecánica animal) e Higiene.



*Anatomía patológica. León, 1936.*

Tercer grupo: Patología general y especial.—Terapéutica (comprensiva de la Farmacología y Arte de recetar, y Medicina legal).

Cuarto grupo: Operaciones, apósitos y vendajes. Obstetricia y Reconocimiento de animales.—Procedimientos de Herrado y Forjado.

Quinto grupo: Agricultura y Derecho veterinario. Zootecnia.—Policía sanitaria.



Tomás Rodríguez estudia oficial el primer curso, obteniendo matrícula de honor en Anatomía, disciplina que había de cultivar intensamente en el futuro. Se matricula oficial en el segundo grupo, pero, sin duda, pensando que puede hacer dos años en una convocatoria, aparte de la dificultad que supone su servicio de sargento de infantería, para asistir a las clases, renuncia a la matrícula oficial, con autorización del director de la Escuela, que es ya don Juan Morros García. No sólo aprueba ambos grupos, sino que logra sobresaliente en Fisiología, notable en Higiene, sobresaliente en Patología general y matrícula de honor en Terapéutica. También hace libre el último curso («deseando dar validez oficial en el centro de su digna dirección, a estudios que libremente tiene hechos...», dice su instancia), en el que logra sobresaliente en Agricultura, Zootecnia y Policía sanitaria. Con motivo del III Centenario de la publicación de *El Quijote*, la Escuela de Veterinaria convocó un concurso literario, en mayo de 1905, obteniendo don Tomás el premio, por el trabajo presentado bajo el lema «*Etiam si inter vocatos sunt pauci electi, tamen primum locum Cervantes obtinuit*». El 9 de junio de 1905 se examina de reválida, que aprueba con sobresaliente. Se le expide el título de veterinario con fecha 13 del mismo mes. Vive ahora en la calle del Rastro Viejo.

Concluidos sus estudios de Veterinaria, a lo largo de los cuales trabó cordial relación con Gordon Ordás, que sólo la marcha de éste a Méjico, como embajador de la República, en 1936, interrumpió, se licenció del ejército y pasó a ejercer la profesión en El Bodón (Salamanca), en las cercanías de Ciudad-Rodrigo. Allí permaneció desde septiembre de 1905 hasta el mismo mes de 1909. De sus años estudiantiles trabó relaciones con una joven leonesa, con la que contrajo matrimonio en la iglesia de San Marcelo, patrono de la ciudad de León, en 1906. Con ella vivió en el citado pueblo salmantino y allí nació Celia, su única hija.

## II. EL CAMINO HACIA LA CATEDRA: De Santiago a León.

El ambiente de la Veterinaria rural es demasiado pequeño y pobre, para la preparación cultural y la laboriosidad del veterinario de El Bodón, quien obtiene por oposición la dirección del matadero municipal de León, el viejo «rastro», ya

desaparecido, situado en las cercanías de la Plaza Mayor, zona de la Puerta del Sol, extramuros de la ciudad. Por entonces monta también su herradero, que sitúa en lo que hoy es calle de Ramón y Cajal, frente al solar que ocupa el actual Instituto Nacional de Bachillerato «Juan del Enzina», donde entonces se celebraban los mercados de ganado, antes que se construyera el ya desaparecido de La Corredera.

Pero Tomás Rodríguez siente la vocación de la cátedra. El 24 de noviembre de 1909, a propuesta del claustro de la Escuela, el rector de la Universidad de Oviedo le nombra «Auxiliar gratuito e interino» (¡qué dirían los actuales PNNs!) de Técnica anatómica, permaneciendo en el desempeño del cargo hasta el 19 de enero de 1913, en que pasa al de auxiliar de Técnica Anatómica y Ejercicios de Disección, con la gratificación de 1.500 pesetas anuales, por Real Orden de dicha fecha, en virtud de oposición. Firma el nombramiento don Natalio Rivas, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. La toma de posesión tuvo lu-



gar el 1 de febrero, siendo director el ya citado don Juan Morros, y secretario, don Emilio Tejedor Pérez. Simultáneamente se le encargó de la cátedra de Anatomía, vacante por traslado a Zaragoza de don Joaquín González García, cargo que desempeñó desde el 17 de enero de 1913 al 7 de mayo de 1915.

En armonía con su orientación inicial, acude a las oposiciones a la cátedra de Anatomía de la Escuela de Veterinaria de Santiago de Compostela. Llega al final de la oposición, aprobando todos los ejercicios, pero sólo obtiene dos votos. El éxito sonrió esta vez a don Eduardo Respaldiza. Otro



gran anatómico, más tarde catedrático de la Escuela de León, don Aureliano González Villarreal, todavía tendría peor fortuna (2).

Este fracaso le orienta hacia otras vacantes. En virtud de oposición, por R. O. de 17 de abril de 1915 se le nombra catedrático de Fisiología e Higiene de la Escuela de Veterinaria de Santiago de Compostela, con el haber anual de 3.500 pesetas (3). Su traslado a Galicia le obliga a renunciar a su puesto como inspector municipal veterinario del Ayuntamiento de León, lo que realiza el 12 de mayo de 1915.

Santiago de Compostela, capital intelectual y espiritual de Galicia, con un ambiente académico abierto, en el que la Escuela de Veterinaria es acogida con simpatía, va a ser centro de una interesante experiencia para el nuevo catedrático. Con su espíritu de dignidad y trabajo, incólume a lo largo de su vida, obtiene el título de bachiller universitario en la Universidad (17-julio-1917) y aprueba el curso preparatorio común a Medicina y Farmacia, en la Facultad de Ciencias. Mantiene una firme amistad con don Abelardo Gallego, catedrático también en aquella Escuela, y apadrina a uno de sus hijos, Eduardo, futuro sucesor de su padre en la cátedra de Histología y Anatomía patológica de Madrid, tras unos años en León. Amigo también de ambos es el malogrado profesor

cuyo titular pasaría ulteriormente a Barcelona. Del 10 de enero de 1918 al 6 de diciembre del mismo año, don Tomás dirigió la Escuela santiaguesa, con el apoyo de hombres como Turró, graduado en dicho centro, acabando con la anarquía que imperaba en aquella institución.

Con motivo de la protesta universitaria que protagonizó A. Gallego, en 1922, al crearse la Junta de Patronato y Comisaría de la Escuela, se abrió expediente al ilustre histólogo. Don Tomás Rodríguez, con don Moisés Calvo y don Jesús Culebras se solidarizaron con Gallego, cuyo expediente se sobreseyó. Como reparación pública de la persecución a que se había sometido a don Abelardo, se le rindió un homenaje, organizado por lo más significativo de la Universidad, con intervención de muchos de sus compañeros de claustro en la Escuela.

No todo fueron rosas en Santiago. Allí conoció a don Pedro González, posteriormente director de la Escuela de León, con quien tuvo sonadas disidencias, ya por entonces, agriadas por la disparidad de ideales políticos de ambos. Este don Pedro, que polemizaba con Gordón Ordás siguiendo el sistema epistolar, era conocido por los gordonistas como «Perico el de las Epístolas». Fue personaje pintoresco, que jugó un papel poco generoso durante la guerra civil, respecto a sus compañeros republicanos.

León tira profundamente de don Tomás. Su esposa se queja del clima de Santiago, que no le sienta bien. Posiblemente, la condición de capital del viejo reino, del que es florón incomparable la Salamanca de su niñez, tenga también su parte. Por R. O. del 7 de abril de 1922, en virtud de oposición se le nombra catedrático de Histología normal, Patología general y Anatomía patológica de la Escuela de León, con toma de posesión el 8 de junio y rehabilitación del nombramiento el 5 de junio, pues no pudo tomar posesión reglamentaria antes. En las mismas oposiciones pasó Gallego a Madrid, don Rafael González ganó la cátedra de Zaragoza y don Germán Saldaña la de Córdoba. Al separarse la Patología general de la Histología y Anatomía patológica, don Tomás opta por centrarse en Histología y Anatomía patológica. En seguida es nombrado secretario de la Escuela, con don Juan Morros de director. Tiene de compañeros de claustro, aparte de dicho médico y veterinario, padre de José y Julio Morros Sardá, a don Ramón Coderque, cirujano que lle-



Nóvoa Santos, uno de los grandes médicos españoles, conocedor y valorador de la ciencia veterinaria, autor de una de las mejores obras de Patología general que hayan aparecido en lengua castellana, cuyo capítulo de tumores redactó don Abelardo Gallego. También frecuentó don Tomás el laboratorio de análisis clínicos y botica del doctor Deulofeu, situado en la calle de San Antonio,



vaba su sentido de limpieza y asepsia hasta los detalles más nimios, caballero muy estimado y querido en León. También al pintoresco doctor Rosales, a quien se atribuyen sabrosas anécdotas (4). Y otros varios de menor personalidad. También viene frecuentemente a León, aunque ya reside en Madrid, Gordón Ordás, con quien había convivido en sus años de Escuela de Veterinaria. Como él, tenía origen humilde; como él era trabajador y crítico; como él creía en la necesidad de profundos cambios en la vida política y social de España; con él pensaba en un ideal republicano y laico, respetuoso con todas las creencias y opiniones, pero desacralizado y podado de sus tópicos; como él, predicaba con el ejemplo de su ascetismo. Forman parte de sus relaciones sociales, pese a que don Tomás no era muy proclive a la vida de sociedad, personas de amplio espectro de opiniones políticas y creencias religiosas, con tal que mantengan una vida honorable. Figuran entre ellos Gonzalo Llamazares; Miguel Zaera, impulsor de la Granja-Escuela de la Diputación Provincial, que daría paso a la Estación Pecuaria Regional, de la Dirección General de Ganadería e Industrias Pecuarias; los Arriola y, sobre todo, su compeñero de seminario salmantino, don Cloado Velasco, el brillante orador y bondadoso sacerdote, ya mencionado. Vive don Tomás en la Avenida del P. Isla, primero en el antiguo número 38, después en el 64 y, finalmente, en el número 6, donde falleció.

Durante algún tiempo es nombrado asesor pecuario de la Granja-Escuela Provincial, centro que dirigiría interinamente durante algunos meses en el curso de la guerra. Allí haría las primeras observaciones que se publicaron en España sobre la anemia ferropénica de los lechones, manteniendo correspondencia sobre el tema con el especialista norteamericano Kernhamp.

A pesar de su imagen política, ya trazada, don Tomás no militó en ningún partido. No obstante, al iniciarse la guerra civil, por denuncias de compañeros del claustro (la presencia en el mismo de don Pedro González permite prescindir de adivinos), se le incoa expediente y se le suspende de empleo y sueldo. La falta de pruebas de cualquier tipo de transgresión legal y la gran autoridad moral que tiene, incluso ante sus adversarios, llevan pronto al sobreseimiento del expediente y a su reposición en la cátedra. Aunque se le encomiendan funciones de inspector veterinario municipal

y la mentada dirección interina de la Estación Pecuaria, permanece sobre él la sospecha de su poca proclividad al momento político franquista y, pese a su indudable superior categoría, en todos los órdenes, se nombra director de la Escuela a don Pedro González. Más tarde, cuando las Escuelas se transformaron en Facultades, por decisión del ministro Ibáñez Martín, de nuevo sufrieron los viejos catedráticos, que tanto habían contribuido a crear el ambiente que propició tal modificación, otras humillaciones. Primero, ante la renuncia de algunos miembros arcaicos de las Facultades, que desconocían supinamente lo que era la Veterinaria. Después, ante la consecuencia de tal espíritu, que llevó al nombramiento de decanos-comisarios en la Facultad de Veterinaria de León, primero el profesor Fernández Ladreda, militar y catedrático de la Facultad de Ciencias (Sección de Químicas) de la Universidad de Oviedo y, más tarde, el profesor Floriano Cumbreño, ¡catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras! Sólo la incorporación del primer catedrático de universidad, don Isidoro Izquierdo Carnero, permitió nombrar un decano procedente de la Facultad de Veterinaria. Con él sería vicedecano don Tomás, el hombre digno que solicita la expedición del título de Licenciado en Veterinaria, sustitutivo del de Veterinario, el 19 de junio de 1959.

Son los últimos años de vida académica de don Tomás, muy disminuido en energías, desanimado y triste. Ha perdido ya a su esposa, que el 20 de febrero de 1950, sufre una trombosis, cuya noticia recibe don Tomás mientras da clase. Tras la jubilación se aísla cada vez más, abandona toda actividad profesional, incluida la lectura de obras científicas, y se refugia en el hogar de su hija, distraído con la lectura de novelas de la más variada naturaleza. Aquejado de una dolencia de próstata, es operado en el sanatorio Nuestra Señora de la Luz, junto a la Facultad de Veterinaria (al lado de la actual iglesia de San Claudio), sin reponerse. Sucesivas infecciones van minando su vida, que se extingue sentado al lado de una camilla con faldas, en el viejo mirador de su casa de la calle del P. Isla, el 28 de mayo de 1955, un fin de semana. Muy pocas personas tienen noticia de su muerte, por lo que el entierro se realiza en la más estricta intimidad. Pese a todo, el decano de la Facultad dispone que el cortejo fúnebre pase por el paseo de Castaños que adorna el patio del centro, como último homenaje.



### III. DEL HOMBRE

Don Tomás Rodríguez era un hombre culto, de múltiples intereses, como demuestran las numerosas notas que dejó, cuidadosamente manuscritas. Lo mismo figuran entre ellas datos sobre fórmulas y procedimientos para calcular el extracto seco de la leche, o el valor de la prueba del alcohol, que recortes de periódicos sobre presuntos productos antituberculosos, los cuerpos inmunizantes de Carl Spengler, o la posible utilidad del veneno de cobra en la infección fímica. Sus inclinaciones hacia la ingeniería (5), para cuya profesión echaba de menos una buena preparación matemática, que no pudo adquirir en sus años de seminario, ni en los posteriores de autodidacta, la reflejan abundantes croquis, finamente dibujados, sobre pozos filtrantes, filtros de París, o frascos para la toma de muestras a profundidad determinada. Hay también apuntes sobre Veterinaria legal (interpretación de la presencia de agua en el estómago, signos de la asfixia, etc.), Zootecnia (clasificaciones de las diversas razas animales), Parasitología (téc-



nica histológica para la investigación de *Eimeria zürni*), Patología infecciosa (observaciones sobre la difteria de las gallinas)... En fin, no faltan entre sus papeles los relativos a la preparación de programas de docencia, dictámenes sobre propuestas a la Asociación Nacional Veterinaria, solicitados por Armendáritx, en relación con los procesos patológicos hallados en la inspección de mataderos, para las que es de aplicación la investigación histopatológica.

En su formación cultural fue fundamental su etapa salmantina, que le proporcionó buenos conocimientos de latín, amplia base humanística y multitud de sentencias clásicas, que gustaba repe-

tir, siempre en el momento oportuno. Tenía de Salamanca y su Universidad un recuerdo dorado, como el de las piedras de la ciudad, cuyo amarillo refuerzan los crepúsculos. Parecía como si se advirtiera en él una idealización, a la que tan bien se presta la gloriosa ejecutoria de aquella Universidad, donde fue posible una crítica al imperio español, desde dentro; la reposición de los profesores injustamente perseguidos, sin que hubiera sido preciso un cambio de régimen y tantos otros hechos enaltecedores. Pero nunca mostró ningún tipo de resentimiento por no haber podido ser alumno activo de sus aulas.

En otro orden de cosas, poseía un sentido ascético de la vida (6). Pese a tener buenas relaciones en la ciudad, prefería su trabajo en la Facultad y en el hogar, estudiando mientras su esposa cosía y su hija preparaba sus deberes escolares. Ni tertulias, ni cafés, ni juegos de ninguna especie le atrajeron. Fumador solitario, recriminaba a quienes lo hacían en público, diciendo de sí mismo que tenía «la suficiente fuerza de voluntad para no exhibir un vicio». Su sentido de la responsabilidad y del bien público le impedían malgastar ni siquiera unos céntimos de los fondos oficiales. Incorruptible e incapaz de componendas, resultaba incómodo para muchos, que tenían y tienen el sentido español de la amistad, que permite una o más medidas para el trato, según sea con amigos, enemigos o indiferentes. Su dignidad entera, reconcentrada, le asimilaba a los santones españoles del laicismo, sobre todo los vinculados al krausismo, pues habiendo perdido la fe, fue profundamente respetuoso con todas las formas de religiosidad (7).

Quienes fuimos sus alumnos le recordamos acercándose a la Escuela (1942) con su tranquilo caminar de pies abiertos, las manos enlazadas a la espalda, o movidas con ligero recuerdo de su vida militar con un discreto braceo. Su cabeza erguida y firme, tocada con sombrero de ala estrecha, un tanto desplazado hacia el occipucio. Reforzando su aspecto serio, un ancho bigote, de corto pelo. Palmiro, su bedel—aficionado a los frutos de vid, convenientemente fermentados, y buen amigo de estudiantes—le recibe nervioso, con sus ojos saltones, un tanto inyectados, su respirar jadeante, que advierte futuros problemas cardiopulmonares, y su caminar de pies planos. Le abre el aula—el laboratorio lo abre don Tomás, que deja la llave muy pocas veces—, situada en el alzado que se ha edificado para aprovechar en dos plantas la



antigua iglesia de los frailes descalzos, junto al viejo castillo de la ciudad, por entonces convertido en triste cárcel. En el bajo está el «salón de actos» de la Escuela. Como siguiendo un rito, don Tomás extrae su reloj del chaleco, lo desprende de la cadena y lo pone sobre la mesa, hasta que llega la hora exacta. Con una seña, ordena a Palmiro que cierre la puerta, y comienza su exposición de la lección, de modo ordenado, ayudándose de dibujos y proyecciones de láminas, con el epidíscopo Leitz. Concluye con la misma puntualidad, tras haber dejado en los alumnos atentos unas claras nociones del tema, elaborado con lectura de varias obras y revistas, y fundido en su experiencia de laboratorio y de didáctica. Los alumnos de Anatomía patológica le escuchan con respeto. Los de Histología, que han oído hablar de don Tomás como hombre competente, serio y riguroso, sufren una ligera decepción al ver al catedrático menudo (el «Minúsculo», le llamaba un colega de claustro), con ambos brazos apoyados en la mesa, en actitud de espera, hasta que inicia la explicación, momento en que acciona pausadamente el brazo derecho. El sonido parásito que articula de cuando en cuando, contribuye a provocar un atisbo de hilaridad, pero el desarrollo de la explicación corta cualquier veleidad jocosa rápidamente, para el resto de los días (8).

Todos sus alumnos pasan por el laboratorio, donde practican los cortes por congelación, tiñen sus preparaciones por el método de Gallego y obtienen una buena preparación visual de la estructura histológica de los diversos órganos, o las lesiones más significativas, junto con nociones sobre los tumores más frecuentes en los animales y alguno humano que el catedrático ha diagnosticado, en su colaboración con los médicos de la ciudad.

Cuando llegan los exámenes, oral y práctico, los alumnos saben que es casi imposible suspen-

der, si se ha estudiado adecuadamente la asignatura. Sin ninguna violencia, con profunda medida, don Tomás repasa el programa, escudriñando los conocimientos del estudiante, para formarse una idea cabal de sus saberes. El práctico se hace con preparaciones numeradas. La picaresca estudiantil descubre pronto algún signo de identidad macroscópico, que permite orientar a los compañeros de turnos posteriores, pero, con todo, el conocimiento práctico de histología e histopatología es satisfactorio en la mayoría de los casos. En su larga vida académica, sólo hubo una excepción a su estricto sentido de la justicia: el año de su jubilación dio aprobado general.

En su larga vida profesional, don Tomás Rodríguez dio numerosas conferencias de muy diverso nivel, desde las de divulgación, por la montaña leonesa, hasta las de índole profesional o cultural. Su preocupación profesional se reflejó también en la prensa, lo mismo en Santiago que en León, así como en las revistas veterinarias, donde aparecieron sus contribuciones sobre los más variados temas, escritas siempre en estilo austero, muy correcto.

Indudablemente, su obra más notable fue el tratado de *Exp'oración clínica de los animales domésticos*, de XV más 558 páginas, editado por Editorial Labor, S. A., de Barcelona, en 1943, en su segunda edición (la primera fue en 1935). El éxito de esta obra sirvió para que la Facultad de Veterinaria de São Paulo (Brasil) le ofreciera la cátedra de Patología médica, al quedar vacante en aquella Facultad de Veterinaria. Este ofrecimiento, que le fue transmitido por los Ministerios de Estado y de Educación Nacional de España, en junio de 1939, no fue aceptado por don Tomás, quien entendía «que la falta de gran número de profesores en nuestras Escuelas hacía necesarios sus servicios en España» (así consta en su hoja de servicios).

## REFERENCIAS

- (1) La mayoría de los datos relativos a su expediente académico los hemos obtenido en la Secretaría de la Facultad de Veterinaria de León. Otros nos han sido facilitados por su hija.
- (2) Tuvimos noticia de estas oposiciones y su desarrollo en versión del propio don Tomás, siendo alumno interno de su cátedra. Después hemos recibido confirmación de su punto de vista. Al parecer, don Dalmacio García Izcarra tenía mucho interés por don Eduardo Respaldiza. Más tarde, consciente de que a don Tomás le habían tratado desconsideradamente, le apoyó para que opositara a Fisiología.
- (3) Curiosas las cantidades que percibían nuestros catedráticos. Por sucesivos ascensos de categoría, siempre por antigüedad, las cantidades fueron subiendo a 4.000-5.000 (1918), 6.000 (1919), 7.000 (1920), 10.000 (1931), 11.000 (1934) y 18.000. Posteriormente no se consignan las cantidades a percibir. Al lado de tales sueldos había otras percepciones por derechos de examen, siempre escasas.



(4) De Rosales es aquella definición del clima leonés, según la cual «sólo es adecuado para bueyes y algún que otro canónigo».

(5) Frente al emplazamiento de la Farmacia Gatón, la familia de don Tomás tuvo una casita con huerta y pozo artesiano. Para éste nuestro profesor ideó y fabricó un reloj que permitía mantener un nivel de agua constante. También diseñó destiladores y varios útiles de laboratorio.

(6) Era sobrio para todo, incluyendo su comida. Su peculiar sentido del ahorro sirvió para que sus familiares se disgustaran con él, porque acudía a las entradas de general («el gallinero») del Teatro Principal. Realmente lo que sucedía es que su próstata ya le creaba problemas y en aquellas localidades estaba a mano el servicio higiénico.

(7) En los años 40, cuando se organizaban ejercicios espirituales obligatorios para los universitarios, durante la Cuaresma (en ocasión se llegaron a distribuir boletos con un número para entregarlos a la salida, con lo que se ejercía un control de asistentes), don Tomás asistía con absoluta seriedad como a un acto de servicio más, no tanto por temor a persecuciones.

(8) Introducía un sonido gutural, especie de «k», combinándolo con la última vocal de la palabra precedente (señor ko-Fernández) o con la primera de la siguiente, lo que explica que se le llamara popularmente ka-Tomás sin el menor tono peyorativo, sino más bien con una mezcla de afecto y pillería estudiantil.

Se decía que Cajal no le había votado en las oposiciones por este defecto, pero no hemos podido comprobarlo.